



EL CAMINO DE LOS SANTOS Y BARCOS DE PIEDRA

Este camino, participaba en realidad de dos itinerarios, señalados por Rafael Usero: uno el costero y atlántico, que procedente del Norte de Europa, pasando por San Andrés de Teixido, rodeando el Cabo Prior tras visitar el santuario de Santa Comba, se dirigía por San Cristobal con sus *Arenas del Paraíso* bordeando la orilla norte de la ría hasta el célebre Monasterio de Xuvia, prosiguiendo desde allí hasta Santiago y llegando por fin a Fisterra; otro, el hoy propiamente llamado Camino Francés que todos conocemos. Antiguamente los peregrinos venían por un camino y regresaban por el otro, llamándoseles entonces indistintamente a ambos Camino Francés. El origen de esta ruta cristiana podría estar en un pasado pagano, en el Neolítico, cuando el sol, necesario para el calendario agrícola, desplaza a la luna con sus fases vitales en las sociedades de cazadores recolectores.

Para los primeros neolíticos, la salida del sol en el poblado cada nuevo amanecer constituía un verdadero milagro. Entre las montañas por un sitio cada día renovado, pujante, remonta imparable el cielo, se detiene al mediodía y declina luego dirigiéndose hacia el mar. Apagándose al fin tras un espectacular crepúsculo en el horizonte su luz, cae la noche. Nuestros primeros agricultores veían al sol sobre el horizonte a lo largo del año, avanzando y retrocediendo. No en vano las doce horas del día coinciden desde remotos tiempos con los doce meses del año, correspondiendo sin duda la oposición bipartita entre el día y la noche, entre el vivir y el morir, con una vieja división del año, una estival época clara y una invernal época oscura.

Habiendo desaparecido como tragado por la noche, el Sol resurgía de nuevo restableciendo su pujanza y su brillante esplendor con cada día, con cada primavera. Observando estos fenómenos, acaso hayan imaginado nuestros ancestros pobladores de Europa que “persiguiendo al sol en su carrera” renacerían tras la muerte.

Isla y capilla
de Santa Comba.
Covas, Ferrol.
© E. Saavedra

LA BARCA DE PIEDRA

Aún cuando sea difícil reconstruir de modo exacto cómo pensaban los pobladores de la Antigua Europa Atlántica, éstos nos legaron grabados en la piedra testimonios sobre sus ideas. Los petroglifos escandinavos podrían revelarnos lo que para los habitantes de los finisterres atlánticos pudo significar el ocaso solar.





En Suecia, en Noruega, en Dinamarca o en Finlandia, numerosos petroglifos de la Edad del Bronce muestran sobre el horizonte un sol muy bajo dirigiéndose hacia un navío que, sobre las aguas del Océano, está esperando, igual que también muestran cómo al ir hacia el mar, indicando a sus seguidoras las almas de los animales y de los hombres el camino, igual que hoy la concha amarilla, iba el sol transformando en pies sus rayos, imprimiéndose éstos contra las rocas.

Dirigiéndose hacia la nave que aguardaba, convertida por los griegos luego ya en copa ya en caldero, el Sol iba dejando en su descenso huellas o pistas que revelaban su secreto camino rumbo al puerto de embarque donde innumerables naves fantasmales se hallaban esperando por las almas. Estos puertos de embarque, según lo documentan en un latín mediocre los diplomas medievales, se llamaban en Galicia *arenas paradisi*.

Dispuestas a bordo las almas, ocupando su sitio en el barco, repletas de afanosos remeros las barcas siguen al navío solar. Sujetando con firmeza la caña del timón, un agente conductor de almas, como el barquero Caronte, las lleva a buen puerto.

Ocasionalmente los petroglifos nórdicos representan, sobresaliendo del mar con las naves repletas de remeros cargadas sobre sus hombros, o alzadas sobre sus cabezas, unos misteriosos gigantes. Sin duda los muertos van en esas naves y los gigantes que las conducen avanzando a grandes zancadas en pos de la estela del barco solar son conductores de almas. Los petroglifos muestran cómo, en su camino al Más Allá, las almas son socorridas.

LOS LARES MARIÑOS Y LA ERMITA DE SAN CRISTOBO

Pero el inmenso poder de fascinación del Cristianismo Celta no se termina aquí, pues habiendo cumplido San Roque sus obligaciones al llegar con las almas hasta los embarcaderos en las playas, como el llamado *Arenas del Paradiso*, en San Cristobo, en la boca de la ría de Ferrol, entraban en juego los otros *lares viales*, una benéfica serpiente de la que se cuentan muchas historias en Galicia, como la de Vilasuso, O Val, Narón. Esta serpiente era el principal actor en toda Galicia en las celebraciones del día del Corpus, hasta que fue destruida por la iglesia y el espíritu de la Ilustración.

Deshecha a palo limpio, en el siglo XVIII, la iglesia de Santiago, con la complicidad de la corte de Madrid luchó, físicamente, contra el concello de Santiago y el populacho. Vencida la serpiente “unha serpe boiña que nunca fixo mal a ninguén” según muchos testimonios, como los recogidos en las *Lendas e Relatos Ferroláns* de Piñeiro y Gómez, y aunque fue capaz, residualmente, de sobrevivir, como la Coca de Redondela, en las villas marineras de Galicia y Portugal, su memoria dejó paso a esas bellas alfombras florales de algunas villas marineras.

Esta serpiente marina, como la que asistía a San Cristobodas Serpes, tenía la piadosa función de embarcar con orden y acomodar en la pétrea barca, llamando a cada una por su nombre, a las almas que aguardaban en la playa.

San Cristóbo, posiblemente otro de los *lares viales* gallegos, tenía la piadosa tarea de socorrer personalmente recogiendo, *unha a unha*, de la arena, y subiéndolas a su espalda, a las almas que llegando tarde al embarcadero llamado “*Areas do Paradiso*” en su santuario de Ferrol perdían



el barco para el “Alén”, el “Más Allá”.

Con ellas partía raudo y veloz en un continuo trasiego por el mar, caminando sin hundirse, hasta alcanzar la barca que se alejaba de la tierra de los vivos. La barca de piedra que por efecto de la intensificación celta (donde el dios ciego es el que mejor vé, el dios manco es que mejor alcanza, la diosa embarazada de nueve meses es la que más corre, etc.) era la que reunía las mejores condiciones de flotabilidad.

El propio San Cristobo por si se le cae un alma al suelo se representa muchas veces, con un salvavidas, con una gran rueda o capa de molino en su brazo, a modo de pulsera.

Sorprende que la iglesia católica, quizás prematuramente, desafectara tanto a San Roque como a San Cristobo, aunque rectificó luego, pues de no hacerlo podría haber entrado en un terreno muy delicado, de recordar que compartiendo una común tradición con los santos desafectos tanto la virginidad de la Virgen María como su ascensión en cuerpo y alma tampoco están en los evangelios.

LARES VIALES EN LA GALICIA PRERROMANA

Desde la más remota antigüedad, el perro, la serpiente y el gallo, o las ideas que estos animales simbolizan, se convirtieron para los antiguos, en guardianes, o atributos de dioses de los caminos, llamados en latín con el nombre de *lares viales*. El cristianismo a su vez fue el encargado adaptarlos y convertirlos en Galicia en atributos de los más populares santos del país:

El perro. El bendito San Roque, uno de los santos más queridos y venerados de Galicia, aparece representado siempre como un peregrino, a veces con la cruz de San Andrés



en su sombrero, ocasionalmente con las llaves de San Pedro, habitualmente con las vieiras de Santiago, y no pocas veces con las tres insignias de los principales itinerarios de peregrinación, Roma, Santiago y San Andrés de Teixido

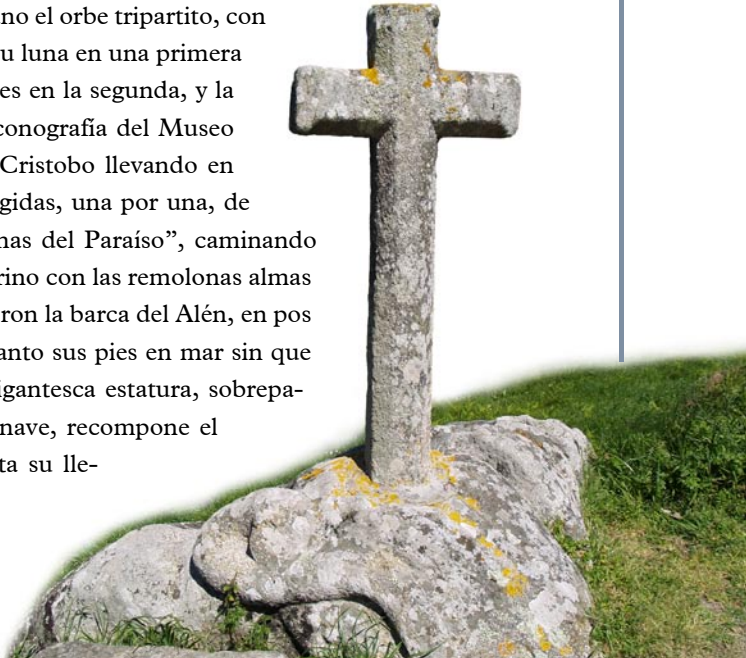
El gallo; el bonachón, San Pedro, calvo, cegato y despistado, representado con sus llaves, tal vez el Pedro Chosco, posible reminiscencia del *Lar Ceciegaeco*, desvirtuado luego por los cuentos infantiles, y convertido en el *zoqueiro*, que pone zuequitos en los parpados de los niños hasta que se duermen y se les dice luego:

¡Vaite levar Pedro Chosco!

SAN CRISTOBO

San Cristobo, cristianización de un reputado *Lar Vial*, todavía, hoy conserva, aunque motorizada, su vigente función protectora de los que andan por los caminos. Se representa como un gigante portando sobre sus hombros a Cristo niño que muestra en su mano el orbe tripartito, con el cielo estrellado su sol y su luna en una primera partición, el mar y sus peces en la segunda, y la tierra en la tercera. Una iconografía del Museo del Prado muestra a San Cristobo llevando en su cinturón las almas recogidas, una por una, de sus playas, llamadas “Arenas del Paraíso”, caminando presuroso por el fondo marino con las remolonas almas que, llegando tarde, perdieron la barca del Alén, en pos del navío. Hundiendo el santo sus pies en mar sin que el agua, en virtud de su gigantesca estatura, sobrepase sus rodillas, alcanza la nave, recompone el pasaje funerario y posibilita su llegada a buen puerto.

Cruceiro da serpe
de Gondomil.
Corme, Ponteceso.
© A. Pérez Vigo.



Es con todo San Cristobal mucho más delicado sin duda que otro de los conductores de almas gallegos, el larguirucho y delgado caballo, blanco como la nieve, llamado el “Diaño Bulreiro”, “Demonio Burlón”, que tira al agua a los que lo montan. Pues cuando en su sobrenatural mudanza se le caen a San Cristobal accidentalmente al agua algunas de las almas que transporta, las socorre lanzándoles al agua una formidable y pesada rueda de molino que lleva en su brazo, singular salvavidas e intensificación celta del sobrenatural poder del *lar vial*, y sin detenerse, alzándolas de las gélidas aguas del Atlántico, las reacomoda de nuevo en su fuerte cinturón.

LA LAGUNA DE DONIÑOS Y LAS CIUDADES ASULAGADAS

Doniños, llamado en la Edad Media *Sancto Martino Romano de Dunios*, es un inmenso arenal de dos kilómetros de extensión. Bellas dunas separan la playa de un extraordinario lago de agua dulce, paraíso de las aves acuáticas, cuyas



orillas están tapizadas por nenúfares blancos.

Sobre el lago flotan muchas leyendas, contando la tradición que es un verdadero pozo sin fondo donde parece mucha gente ahogada, o que en el fondo de sus aguas yace la ciudad de Valverde, “Valverde” (topónimo conservado en las inmediaciones). Según la leyenda San José en su huida a Egipto, con la Virgen y su hijo para evitarle el destino de los inocentes muertos por el rey Herodes, llegó a esta ciudad.

Sin embargo la Sagrada Familia no fue bien recibida y las gentes de Valverde les cerraron las puertas y negaron el alimento. Todos fueron ruines excepto un anciano matrimonio que con lo poco que tenía socorrió a los caminantes. Dios avisó en un sueño a San José para que abandonando la ciudad al día siguiente se llevase a los ancianos, a la Virgen y al niño hasta unas montañas próximas.

Valverde comenzó a hundirse pereciendo todos sus habitantes, menos dos niños inocentes, que vararon en la orilla del lago flotando en una cuna de piedra. Según la etimología popular, el lago se llama de Doniños, por los “dos niños”

Valle y lago
de Doniños.
Doniños, Ferrol.
© A. Pérez Vigo



salvados de perecer bajo las aguas. Este lugar y sus magníficas playas son de los parajes más bellos de Galicia.

EL CABO PRIOR

El cabo Prior era referencia obligada para los navegantes de la antigüedad en la ruta de las islas Británicas, supone el punto de inflexión en la navegación costera desde el Atlántico al mar Cantábrico.

En el puerto del Prioiro, famoso por su granja cisterciense de *Reparata*, se pescaban ballenas francas, quedando la memoria de esta actividad en el ilustre apellido de los Valerio ('Baleeyro', ballenero). Esta industria sólo fue superada en la antigüedad por la minería de Oro, de la que se conserva una impresionante *ruina montium*, posiblemente de época galaico romana, y restos de una reciente explotación en las arenas de la playa.

LA ERMITA DE SANTA COMBA. PATRONA DE LAS MEIGAS

Las extraordinarias calas y playas de Covas, están separadas por varias islas, restos de una antigua península devorada por el mar, que albergó un antiguo castro celta, sobre el que posiblemente durante la alta Edad Media los monjes irlandeses edificaron un monasterio cuya memoria quedaría posiblemente guardada en un celebre *inranna* o portentoso viaje irlandés por mar llamado el viaje de la VÍ Corra. Esta leyenda es idéntica a la de la fundación del monasterio de Iona en las islas Hébridas, al norte de Escocia, por San Columban célebre santo irlandés, conversor de Escocia al cristianismo, llegado en una barca de piedra, según una tradición popular, con doce discípulos.



En este ambiente de santos y barcos de piedra, como lo ha recogido María Francisca Llantada, encaja Santa Comba, llegada por mar a la Insua do Medio de Covas con su hijo San Silvestre en un barco de piedra que se puede ver junto a la ermita. Su fiesta se celebraba en Galicia según el Misal Auriense el día 31 de diciembre.

“Santa Combiña bendita ten un navío no mar
 Quen llo dou, quen cho daría
 Listo pra navegar”

La embarcación tiene forma de “maseira” o artesa. Se dice que nadie ha conseguido sacarla de su emplazamiento, pues cada vez que se intenta la barca se hunde más y más en la tierra. Son multitud en la Europa céltica y atlántica, los barcos de piedra de Santa Columba.

En Connemara, Irlanda dicen conservar la proa del barco de piedra, en el que se reconocen, como en el santuario de A Virxe da Barca de Muxia, las partes de la nave en la que arribara San Columbano; otra barca de piedra de este santo está en la isla de Arán, etc.

Capilla de
 Santa Comba.
 Covas, Ferrol.
 © E. Saavedra



Antes de Santa Comba, posiblemente se rendía culto en el lugar a la diosa celta Reva, de la que tomaría su nombre un rebeco (pos. “el de Rebe”), inseparable acompañante de la diosa, tal y como muestra una placa de pizarra con el epígrafe REVE TRASANGIVGE “A REVA TRASANCIUCA”, significando Trasanciuca, natural de la Tierra de Trasancos.

Cristianizado el lugar, Santa Combiña pudo haber substituido a la divinidad pagana manteniendo algo de sus sombríos tintes, por ser patrona de las *meigas*. La tradición popular dice que abandonó a su hijo, San Silvestre, para echarse a “enmeigar” (embruja), pero se arrepintió y confesando su pecado a un sacerdote que resultó ser su hijo, se vino con él a la Insua do Medio, donde se sitúa la ermita. Dios perdonó a Santa Comba, aunque le dejó sus poderes de meiga, advirtiéndolo:

“Meiga serás, pero enmeigar, non enmeigarás”

Su festividad coincide con la de su hijo San Silvestre. La noche de San Silvestre el 31 de diciembre, andan las meigas, brujas con sus aquelarres, pero en Santa Comba tienen una trampa mortal. Si entran en la capilla el día de la patrona se quedan atrapadas y pierden su poder. No pueden salir y mueren de inanición. La pequeña ermita hoy bajo la advocación de Santa Comba oculta la importancia que tuvo cuando fue iglesia parroquial, apareciendo mencionada en un documento de 1010, recogido por la Historia Compostelana.

LA LEYENDA DE LA PENA LOPESA

El camino costero a Teixido transcurre por los montes de A Lagoa, que conserva un cercado Neolítico para el ganado, un ‘couso’ o ‘causo vetero’ hasta los montes de Vilar Quinte. El monte de A Lagoa, es famoso por su gran altura, por su cercado neolítico, y porque en su interior se genera, según la creencia popular, un manantial de agua, uno de los tres de la Tierra de Trasancos, el segundo está en el Monte de Ancos, junto al Camino de San Andrés y de Santiago, y el tercero, albergando la llamada Fonte de A Moura, está en el propio Monte Esperón, estos ríos guardan inmensos tesoros y tienen su curso bajo tierra hasta desembocar todos en el mar de Pantín. Dicen que escuchando el estruendo que hace su borboteo al aflorar se sabe el punto exacto de salida del agua.

No lejos de Vilasuso, bajando por una pista hacia el mar tras pasar una *mámoa*, que una vez más señala los orígenes neolíticos de esta ruta, se encuentra apenas comunicada con tierra por una lengua de arena la Pena Lopesa, una isla casi

A Pena Lopesa.
O Val, Narón.
© E. Saavedra

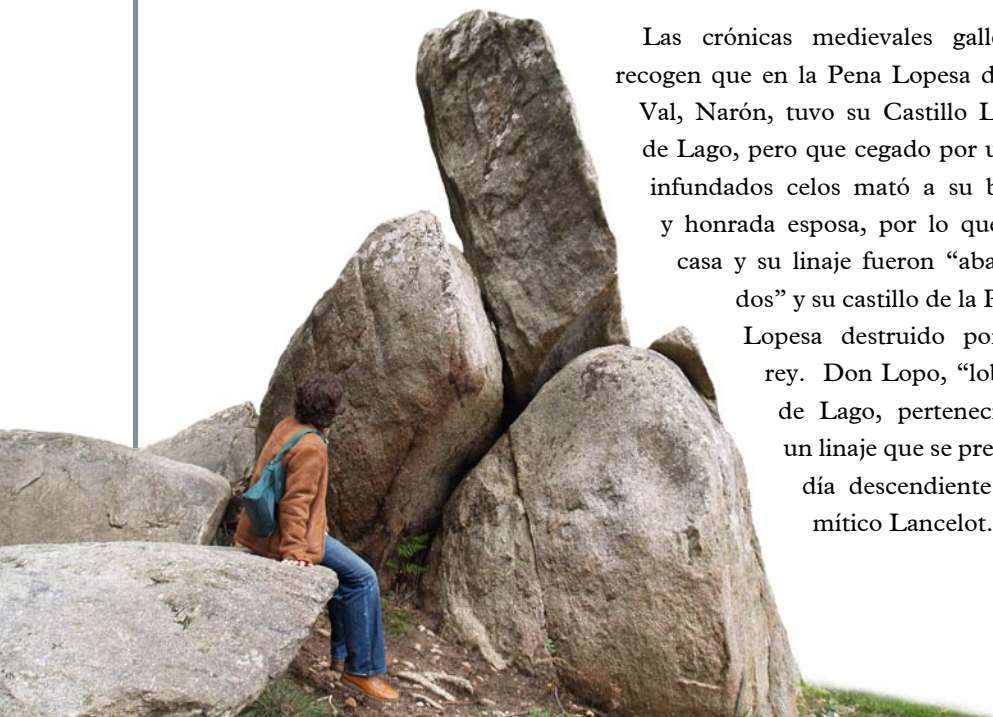


inaccesible de enorme altura. Son los restos de un castro celta prácticamente destruido por el mar, y dicen que todavía tiene una fuente de agua dulce. Pese a su desplome el bello lugar conserva muchas de sus leyendas.

En una de ellas se dice que en esa inaccesible peña vivió un rey señor de un inmenso tesoro. Algunas mañanas el rey, viraba las herraduras de su caballo y por un puente levadizo abandonaba la isla montado en su caballo para cabalgar por los altísimos acantilados, despistando esa treta a los ladrones que acechando su tesoro, pensaban que el rey había salido cuando estaba en la Pena Lopesa y viceversa. Un día los ladrones cambiando de táctica lo sitiaron durante meses para rendirlo por el hambre. Los meses se hicieron años y cuando en realidad al rey solo le quedaba ya un poco de trigo para alimentarse, lo subió a la torre del castro, y se pasó la tarde alimentando con él a las aves. Viendo esto los sitiadores se retiraron.

Las crónicas medievales gallegas recogen que en la Pena Lopesa de O Val, Narón, tuvo su Castillo Lopo de Lago, pero que cegado por unos infundados celos mató a su bella y honrada esposa, por lo que su casa y su linaje fueron “abaixados” y su castillo de la Pena Lopesa destruido por el rey. Don Lopo, “lobo”, de Lago, pertenecía a un linaje que se pretendía descendiente del mítico Lancelot.

Pena Molexa.
O Val, Narón.
© E. Saavedra





De este nombre Lopo o Lobo, la roca habría tomado el nombre de Pena Lopesa. Sin embargo, como más adelante veremos, en Cedeira cuentan de este linaje una historia diferente.

LA MOURA DE LA PENA MOLEXA

En la solsticial noche de San Juan cuando algún mozo soltero se acerca a la roca, podrá contemplar la aparición de una bella y sobrenatural *Moura*. La mujer más extraordinaria que un hombre podría desear. Esta *Moura* custodia un enorme tesoro. La bella *Moura* con dulces palabras le dice al joven que puede escoger lo que le resulte de mayor interés. La gentil *Moura* aguarda que algún día aparezca un joven que rechace el oro. Pero todos eligen el objeto de oro de mayor peso, y la *Moura* decepcionada desaparece. Entonces pueden ocurrir dos cosas, que los objetos de oro se conviertan en carbones, o que el pretendiente ruin se convierta en una piedra donde quedará su innoble alma externada atrapada para la eternidad. Tal es el castigo de la codicia.

Castros, dólmenes, cuevas, y las profundidades de los lagos, son espacios mágicos, con un rico folklore en Galicia, pero sobre todo son el hogar de los seres sobrenaturales gallegos que aparecen un tiempo como sus constructores y sus habitantes. Este es el caso de la Pena Molexa en O Val, Narón, una enorme roca, un megalito en realidad de muchas toneladas de peso, *encabalgada* a propósito y dispuesta u orientada frente al lugar por donde sale la luna nueva en el año llamado metónico.

Los *Mouros* en el imaginario gallego, bretón e irlandés, viven en lugares donde los humanos no pueden habitar, bajo el agua o la tierra. Al trabajar con el arado en ciertos sitios, o al ahondar en el subsuelo con sus herramientas, los campe-

sinos gallegos creen tropezar ocasionalmente con los tejados de las casas de los mouros. Entonces, según nos cuentan Ramón Cuevillas y Antonio Fraguas, es posible escuchar como los *Mouros* le gritan a los campesinos: - “Vamos hombre, levanta el arado, no ares tan hondo que me destejas la casa” y esas voces parecen salir de las profundidades de la tierra.

Las *Mouras*, constituyen en realidad una tríada femenina: La una es joven, la otra es madre, y una tercera es una vieja. Frecuentemente, la vieja, la “Moura Vella”, transporta en una sola mano una gran piedra, y la asienta con su dedo donde le parece; otras veces la transporta sobre su cabeza, mientras hila con las manos en una rueca. En Irlanda y en Escocia se llamaba la Vieja de Bear (Cailleach Bheara), literalmente “la que lleva en su mandil las enormes piedras” con las que hacía dólmenes y montañas.

Capilla de
Sta. Margarida.
O Val, Narón.
© A. Pérez Vigo

